



CAMINAR SIN MIEDOS
Montevideo, 13/14/15 de abril de 2005

Ciudades para convivir, ciudades seguras

M^a Dolors Renau
Comisionada de la Presidencia para los
Programas Internacionales de Igualdad y Ciudadanía
Diputación de Barcelona



Repetidamente, los informes de Naciones Unidas nos recuerdan que, según previsiones de los expertos, dentro de pocos años, el 75% de la población mundial vivirá en ciudades. Las migraciones internas por causa de los conflictos violentos, la búsqueda de recursos económicos para sobrevivir por el abandono de formas de agricultura tradicionales, la tendencia a la progresiva concentración de los recursos productivos en espacios cada vez más reducidos, son factores que pueden explicar la creciente acumulación de habitantes y actividades en concentraciones urbanas y el constante crecimiento de sus periferias, cada vez más alejadas de cualquier tipo de planificación.

A diferencia de las ciudades de diseño clásico, las enormes ciudades y sus áreas metropolitanas actuales, parece que todavía más las futuras, van creciendo como resultado de progresivos aluviones. En ellas resulta difícil que se cumplan tres de las condiciones sociales necesarias para la realización de una vida plenamente humana: vivir, convivir y sentirse segur@s. O mejor: **sentirse en confianza, vivir y convivir**. O estar seguros para vivir y convivir.

La relación entre los tres factores es tan estrecha que, por sí mismos, definen los ejes centrales de cualquier vida humana que pueda ser considerada como tal.

Entendemos por **vivir** el disponer de los medios de subsistencia mínimos que aseguren tanto una vida digna como la perspectiva de continuidad para el mañana. Sin el mínimo básico, todo lo demás resulta casi inalcanzable. De ahí la importancia de la lucha contra la pobreza, que como sabemos, es mayoritariamente femenina, como primer elemento deshumanizador. La **convivencia** presupone llevar un tipo de vida en común cargada de significado personal y colectivo. Una vida en común que haga de cada individuo una persona única, reconocida por la comunidad, miembro de ella, a la que aporta parte de su riqueza bajo cualquiera de sus formas y a la que el ser individual debe parte de su identidad. A su vez, la convivencia no puede ser satisfactoria si no se funda en una cierta «seguridad»; o mejor dicho, en una **«confianza»** hacia los demás miembros de la comunidad, hacia los espacios comunes que se comparten y en una determinada tarea común.

Lo contrario de inseguridad, de todas maneras, no es la «seguridad», término excesivamente contundente, tal vez ilusorio, que para nada parece corresponderse a la fragilidad de la vida humana, ni menos todavía al especial momento histórico actual, trufado de enormes y variadas incertidumbres... Confianza es palabra que expresa mejor el sentimiento que debe permitirnos tratar con los demás y emprender alguna tarea común relacionada, justamente, con aquello que tenemos en común: se trate de



4 ordenación del espacio, solución de problemas, o reparto de poderes... Es decir, que permita desarrollar nuestro ser social y nuestra dimensión política.

Para que las ciudades resulten ser un lugar de realización individual, y a la vez de encuentro humano, habrá que construir, reconstruir o crear, por lo tanto, **lugares y relaciones** donde pueden desarrollarse **tanto la vida individual como la confianza/seguridad y la convivencia**.

No parece que esta sea la tendencia. Más allá de las enormes dificultades derivadas de los continuos flujos migratorios, que van invadiendo espacios sin ordenar, la propia planificación y los planes estratégicos de las ciudades, cuando existen, se orientan más a *la piedra* que a fomentar el aspecto «humano» de la vida y la convivencia. Se requieren nuevos y potentes criterios de planificación ordenada, de estrategias sostenibles y, sobre todo, una nueva interpretación de cuáles son las «necesidades humanas» más básicas.

Poder vivir con una confianza razonable en el medio que nos arropa es un derecho básico para toda persona. No temer ser agredid@, expoliad@, violentad@; preservar **la integridad física** es condición fundamental para preservar la capacidad de actuar humanamente, es decir, de actuar con libertad. La violencia o el temor a que ésta se produzca nos hace dependientes, temerosos y disminuye nuestras capacidades humanas y creativas. En buena ley democrática, contando con la protección de los Estados, no hay que verse obligado a pagar ningún precio por vivir con esta mínima confianza o seguridad sobre la integridad física. Tener que callar, como en tiempos de dictadura, por temor a la represión y o a la limitación física (prisión) es un ejemplo claro de inseguridad y, por ello, de supeditación física y psíquica a unos poderes que usurpan parte de la condición humana. En este caso, por ejemplo, se usurpa la libertad de expresión.

El temor a los ataques a la integridad física está especialmente presente en la vida de las mujeres, vulnerables tanto en el espacio público, sobre todo en determinados espacios públicos tierras de nadie, como en los espacios privados, como ocurre con la violencia doméstica.

Para vivir «humanamente», en toda nuestra plenitud, no es suficiente contar con que vamos a mantener la integri-

dad física y que estamos a salvo de amenazas. Existe una dimensión de la inseguridad que proviene de las mismas raíces de nuestra forma de organizarnos política, económica y socialmente. **Las grandes inseguridades no suelen depender exclusivamente de las posibles agresiones**, robos o violencias varias, tema al que regresaremos más adelante, **sino de la incertidumbre ante un presente o un futuro incierto**. Los seres humanos necesitamos disponer de una determinada visión del futuro, requerimos ciertas dosis de razonable esperanza para seguir con nuestras labores y esfuerzos actuales. La incertidumbre sobre el trabajo futuro, el miedo a la enfermedad que no queda compensado por una razonable confianza en los sistemas de protección sanitaria y social, el temor a la proximidad de una vejez desprotegida económica y físicamente, son factores con un incalculable valor «insegurizante», generadores de grandes inquietudes personales y colectivas, de temores profundos, persistentes y desestructurantes.

Durante los últimos años, la potente corriente política neoliberal ha ido desprotegiendo a las personas más vulnerables y ha llenado de temores los corazones de la mayoría de la población, excepto los de aquellos a quienes directamente beneficia el discurso y la práctica del individualismo más feroz: la teoría de que el hombre es un lobo para el hombre y la defensa de los valores de una estricta meritocracia. Esta forma de organizar la economía y la vida ha hecho mella sobre todo en países latinoamericanos. No obstante, en dichos países, la comunidad sigue jugando el papel de soporte físico y afectivo, de intercambios humanos, que se están perdiendo en el mundo occidental. Sin embargo, aquí, el peso de «la comunidad» descansa sobre las espaldas de las mujeres, de tal manera, que son ellas las que crean comunidad, mientras deben atender a sus vidas, sus familias y sus trabajos. El precio de la vida «comunitaria» es muy alto para ellas.

En Europa, la cultura occidental no parece querer avanzar ni un paso más en la construcción de sociedades «protectoras» en el sentido descrito. Las corrientes neoliberales también van poco a poco minando las bases protectoras del Estado, sin que otras redes de solidaridad, otras formas alternativas de vida, hayan venido en ayuda de las personas más vulnerables. Y no sólo de éstas. El creciente discurso meritocrático y la ruptura de los núcleos de



convivencia tradicionales están dibujando una nueva geografía de soledades, y por tanto, de temores, que parecen recorrer todas las capas de la sociedad, fenómeno especialmente visible en las grandes aglomeraciones urbanas y frente al que las políticas habituales no parecen disponer de instrumentos de protección.

Pero existe otro aspecto, mucho más complejo que los dos anteriores. Se trata de una dimensión simbólico-ética de la inseguridad. Cuando el hombre más poderoso del mundo nos habla del «eje del mal», cuando, sobre todo, otorga permiso para matar, saltándose no sólo las leyes divinas, el no matarás de nuestra cultura, sino las mínimas reglas de juego, las reglas formales de los estados democráticos; cuando se conculca la legalidad internacional, se está lanzando un mensaje de «todo vale», la fuerza bruta puede más que la ley... Un mensaje destructivo, destructor de creencias, valores..., es decir, destructor de los fundamentos de la política, el asunto público por definición, que debe, como dicen los clásicos, estar sometido a la ética y la ley. ¿Hasta qué punto estos y otros muchos mensajes parecidos, basados en la fuerza y no en la ley, no llevan a la corrupción de los que deben ser ejemplo de conductas...?

La «desmoralización», la falta de confianza, la ruptura de la legalidad, son ataques directos a una seguridad simbólica, que viene a ser el referente de conductas individuales y colectivas de la ciudadanía.

Finalmente hay que señalar el papel «insegurizante» de los medios de comunicación, que ofrecen constantemente, sin mediar ningún tipo de análisis ni razonamiento, imágenes que generan temor.

En cualquier caso el ser humano es, por definición, vulnerable y frágil. Aumentar sus temores tiene una clara consecuencia: el incremento de las respuestas violentas hacia sus semejantes, que, a su vez, redundan en nuevos temores.

La estructura, el uso y la dinámica de los espacios públicos definen, en buena parte, la vida de las ciudades. Los espacios públicos resultan ser los espacios de todos, los espacios propios de la ciudadanía, donde ésta ejerce, más allá de las vallas que aíslan (cuando no electrifican) los edificios individuales, su derecho a transitar, pasear, encontrarse, reunirse, hablarse, manifestarse, celebrar fiestas... O actuar conjuntamente con objetivos colecti-

vos. A menudo la celebración de fiestas y manifestaciones constituyen la ocasión de recordarnos a quién pertenece la ciudad. La «plaza pública», lugar de los debates griegos, sigue siendo un modelo de referencia, si consideramos que la ciudad es un lugar y una ocasión de encuentro y convivencia. La ciudad ofrece la posibilidad de integrar la diversidad, de dialogar entre diferentes y de construir una vida común integradora de diversidades.

Sin embargo, pocas son las ciudades que responden a un modelo semejante. Por las razones expresadas anteriormente, muchas han convertido sus espacios públicos en lugares inseguros y peligrosos. Por una parte, resultan ser casi exclusivamente lugares de tránsito entre un hogar y otro, entre una urbanización y otra, entre uno u otro barrio. El modelo de ciudad-dormitorio se ha extendido también, en la medida en la que los trabajos se alejan de los centros, y ha propiciado el uso exclusivo de la calle para el transporte rodado y, a menudo, casi exclusivamente para el transporte individual.

Por otra parte, esas ciudades desintegradas, son ciudades inseguras. Los sistemas de defensa privados protegen a unos cuantos. Los grupos más o menos marginados, de distintas razas, religiones o extracción social, se agrupan en guetos a los que resulta difícil acceder y/o complicado salir. Lugares sin ley, o mejor dicho, donde no impera la del Estado, sino la de la fuerza. Numerosos ejemplos, tanto europeos como latinoamericanos, evidencian la relación existente entre la ausencia de «Estado», no sólo en su aspecto represor, sino también y sobre todo, protector, y las violencias desatadas en lugares que han dejado de ser públicos, para convertirse en territorios en manos de determinadas mafias o señores de la guerra, que imponen su ley por la fuerza

La fragilidad de las mujeres en estas situaciones de «ausencia de Estado» es evidente. El espacio público es especialmente peligroso para ellas. Ejemplos tenemos tanto en Europa como en Latino América, como es el caso que nos relata Fadela Amara en el libro *Ni putas ni sumisas*, que hace referencia a lo que sucede en el extrarradio de París. O, mucho más grave todavía, las desapariciones en Guatemala, los asesinatos de mujeres jóvenes en Ciudad Juárez... Y en casos menos graves, el malestar, en todas las ciudades conocidas, que sienten las mujeres cuando han de salir de noche...



6 Cuando el espacio público carece de la protección del Estado Republicano, deja de ser público, para convertirse en territorio de guerra. Y esta circunstancia recuerda una y otra vez a las mujeres su ancestral deber de mantenerse al abrigo, dedicadas a sus tareas privadas. **Las mujeres necesitamos el Estado Republicano, desesperadamente, para poder vivir como ciudadanas de pleno derecho y para convivir con toda nuestra «plenitud» humana.**

Porque, desde una óptica simbólica, tampoco las mujeres tienen fácil transitar y vivir en el espacio público: no tiene voz suficiente para construir «Estado» para hacer leyes, para diseñar las ciudades de las que son las primeras usuarias y sus habitantes más necesitados, en la medida en que son ellas las que realizan las tareas cotidianas para la supervivencia.

La presencia reducida de las mujeres en los lugares de decisión de la ciudad se corresponde perfectamente con su ausencia del espacio físico público, del riesgo que experimentan cuando se atreven a usarlo queriendo hacer uso de su derecho ciudadano. En cierta forma, la división entre lo público y lo privado, entre la familia y el trabajo, el hogar y la calle, sigue segregando por razón de género, y dejando a las mujeres más cerca del hogar que de la plaza pública, más cercanas al cuchicheo que al discurso, más espectadoras de las decisiones públicas que sujetos de ellas.

Este lugar de vida, de convivencia y de encuentro, que es y puede llegar a ser la ciudad, no podrá construirse sin la voz, la presencia y el poder político de las mujeres. **Las mujeres, expertas en necesidades humanas, en alteridad y en cuidados**, saben que es mucho más importante disponer de un pequeño centro de asistencia sanitaria próxima que de una gran avenida o de una autopista a pocos metros. Saben que la necesidad de compañía y cuidado, de solidaridad en lo diario, es fundamental en la vida de tod@s. Tienen experiencia en mediar en los conflictos humanos. Son expertas en vida comunitaria, expertas en convivencia y en gestionar diferencias. Sólo por estas razones deberían estar presentes, paritariamente, en la toma de decisiones, en los gobier-

nos y en todos los poderes que determinan la vida de la colectividad.

Por otra parte, ¿cómo hacer para que los espacios faciliten la convivencia, entendiendo esta palabra en su sentido de *vivir con, actuar con, hacer con, construir lo común con?*

Hay que diseñar los espacios de forma que faciliten el contacto y el encuentro, que unan y no separen. Que faciliten el diálogo y la puesta en común. El debate entre las diferencias. La mezcla de opiniones etnias, creencias...; de forma que este gran mestizaje que va a ser nuestro futuro, resulte una fuente de riqueza y no de conflicto.

El diseño de las ciudades, debe ir acompañado de un nuevo diseño de estrategias públicas que faciliten estos encuentros: **hay que fomentar la puesta en común de los problemas particulares en lugares donde la voz privada se convierta en pública al encontrarse con otras voces.** Hay que fomentar redes solidarias de proximidad, de forma que el actual mapa de soledades y abandonos se vaya modificando mediante la acción del Estado, que, por una parte, actúe como protector y, por otra, se abra a un nuevo discurso sobre las auténticas necesidades fundamentales humanas, que van desde las necesidades de subsistencia hasta las de compañía, ante los temores inherentes al hecho de vivir.

Nuestras ciudades pueden ser lugar de progreso humano o lugar de violencia y destrucción. Lugares de encuentro o de división. Lugares donde afloren abiertamente los males de nuestras sociedades o donde se busquen conjuntamente soluciones. Lugares donde impere el temor o donde se viva en paz y en compañía.

Las mujeres, las primeras usuarias de la ciudad en su aspecto más cotidiano, las constructoras de comunidades, deben poder y querer construir otras ciudades, otros barrios, otros transportes, otras formas de convivencia más próximas y más humanas. Deben poder y querer aportar su voz, tan sabia en lo privado, al mundo público de las ciudades. Deben hacer política para tod@s.

En eso estamos.